

tenían estos manuscritos las cuentas del fisco: y por ser cosa tan rara, mandó el Rey que se depositasen en la real biblioteca del Escorial.

Tales eran las obras en que se ocupaba la incansable actividad y fervoroso celo del P. Pignatelli: hizose tan popular en Aragon, que su nombre andaba de boca en boca entre todas las clases de la sociedad, y á su gran celo y prudencia acudían cuantos se hallaban en alguna necesidad tocante al sustento del cuerpo ó á la direccion del alma, siendo así que era tan jóven y carecía de aquella autoridad que dan las canas y la experiencia de los negocios. Visitábanle muy á menudo sus parientes y las personas más distinguidas de la ciudad: y por el trato y comunicacion que con él tenían llegaron á concebir tan alta idea de su persona, que le respetaban como á hombre incomparable, y le confesaban por varon de madurez, consejo y prudencia muy superior á sus años.

No se atrevían á emprender negocio de alguna consideracion sin consultarlo ántes con él y asesorarse con su dictámen sobre la materia; así que divulgándose esta costumbre de algunos por Zaragoza, empezaron á frecuentar su aposento personajes de cuenta, seculares y eclesiásticos, entre ellos varios maestros y doctores de la universidad. Era verdaderamente cosa de ver que hombres encanecidos en la enseñanza y graduados en varias facultades acudiesen en sus dudas por consejo á un jóven, que no llegaba á los treinta años, con la seguridad de que no errarían, si se atuviesen á su decision y dictámen. Acogíalos él á todos con afabilidad y cortesía; escuchábalos con atencion; pesaba las razones en pro y en contra, como lo exige la justicia; y luégo les exponía sus resoluciones con franqueza y sinceridad cristiana, aunque tal vez estuviesen menos conformes con los intereses y esperanzas de los mismos que le pedían parecer y consejo.

Y era lo más particular, que siendo aquellas visitas algunas veces no poco enojosas, en razon á que le robaban el tiempo del estudio ó le interrumpían sus ordinarias ocupaciones; sin embargo, pareciéndole que no podía excusarlas sin faltar á la

atencion y buenos respetos que á tales personas se debían, las soportaba con paciencia sin dar la más ligera señal de disgusto ó de cansancio.

De los negocios seculares y mundanos pasaba siempre con disimulo y gran destreza á los del alma, por ventura más intrincados y en peor estado que los que eran objeto de la consulta; y con mano fuerte, si era menester, procuraba ajustarlos: así que era cosa muy frecuente verlos salir de su presencia con el alma mejorada los que acudían á él para poner en órden y en regla asuntos meramente temporales. Ni podía obrar de otra manera quien en todo buscaba siempre la gloria de Dios y el bien espiritual de sus prójimos; bienes que tan á menudo postponen los hombres al interés propio y á las exigencias del egoísmo.

Grande y sin límites debió de ser el consuelo experimentado por el P. Pignatelli y por todos sus hermanos, no solamente de España sino tambien de Francia, Portugal y de todo el mundo, con el público testimonio de la santidad del Instituto de la Compañía que á principios de 1765 dio el Soberano Pontífice. De todas las naciones, y en especial de España y de Francia, habían acudido los Prelados al Pastor Supremo suplicándole que defendiese la inocencia de los hijos de Ignacio tan bárbaramente oprimida, y opusiera un dique poderoso al desbordado torrente de la calumnia y de la impiedad, que amenazaba anegar á toda la Iglesia de Jesucristo¹. Clemente XIII, elevando su voz desde la cátedra de la verdad como Juez Supremo en materia de fe y de costumbres, expidió el día 7 de Enero de 1765 la bula *Apostolicum*, en la cual, dirigiéndose al universo católico, decía: «Rechazamos la grave injuria hecha á la vez á la Iglesia y á la Santa Sede. De nuestro propio movimiento y ciencia cierta declaramos que el Instituto de la Compañía de Jesús respira en el más alto

¹ El P. RAVIGNAN en su libro titulado *Clemente XIII y Clemente XIV*, tomo 1, publica más de 90 cartas originales de Prelados, entre ellas 18 de obispos españoles.

grado la piedad y la santidad, aunque no faltan hombres que después de haberlo desfigurado con malignas interpretaciones, han osado calificarlo de irreligioso é impío, insultando con esto á la Iglesia de Dios, á la cual igualmente acusan de haberse en- gañado hasta el punto de juzgar y declarar solemnemente piadoso y agradable al cielo lo que es en sí impío é irreligioso.» Hasta aquí es de aquella bula. «Carlos III,» dice el ya mencionado cardenal Hergenroether¹, «tomó á la Compañía bajo su protec- cion especial, y dio una satisfaccion al Jefe de la Iglesia,» secun- dando sus deseos.

Hallaron, pues, los jesuítas no solamente un vengador en el Sumo Pontífice, sino tambien un protector en el rey de España, un apoyo en los obispos, y buenos amigos en todos los católicos que no lo eran de solo nombre. Aunque en España se seguía trabajando ocultamente contra los jesuítas; enardecidos estos con tan autorizados y públicos testimonios á favor suyo, depusieron todo temor, y continuaron con nuevos bríos sus tareas apostó- licas.

Del nuevo fervor que se despertó en los jesuítas y del abun- dante fruto con que Dios prosperaba sus trabajos, es buen argu- mento lo que dos años adelante dijo el celoso misionero Padre Pedro Calatayud en una exhortacion doméstica á los Padres des- terrados en Calvi. «Lo cierto,» dijo, «y de hecho es, que los pueblos y gentes con general dolor y llantos amargos sintieron nuestro exterminio, en circunstancias en que dos años ántes [de 1767, esto es, en 1765] habían notablemente crecido nuestros ministerios en confesar, doctrinar, predicar, dar ejercicios, fun- dar Congregaciones,» etc.².

No desmayaban sin embargo los enemigos de la Compañía. El periódico titulado *Mercurio*, y con él otras gacetas tocadas del espíritu volteriano, daban cabida en sus columnas á cuantos

¹ *Hist. de la Iglesia*, Tomo V, pág. 684.

² Hállase el manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sala de manuscritos, legajo P. 153.

rumores pudieran denigrar la fama de la Compañía de Jesús. Rodeábase al monarca de ministros públicamente calificados de adversos á la Compañía y partidarios de la secta mal llamada filosófica. Descubrióse la trama secreta y conspiracion de algunas personas contra la Carta Pastoral del Arzobispo de París en de- fensa de los Padres franceses contra la sentencia del Parlamento, en la cual conspiracion se trataba de delatar la carta sobredicha. El citado misionero P. Pedro de Calatayud, deseoso de que se pusiera remedio á mal tan grave, escribió al P. Provincial de Castilla, Francisco Javier Idiáquez, una carta fechada en Villa- garcía el 18 de Setiembre de 1765, exhortándole á que pasase á la corte á enterar del estado de las cosas al monarca¹.

Refiriéndose en dicha carta á ciertas cláusulas «derramadas en Gacetas y Mercurios en una corte como la de España,» le hace advertir que «son asidero de que prende la malevolencia, y un motivo aparente en que los émulos y malignantes aguzarán y aguzan sus lenguas y teñirán sus plumas, al ver que no hay quién enfrene su estupidez y libertad de calumniar; y con estas expresiones tan envenenadas pondrán de mala fe á los ignoran- tes é incautos, inclinarán á su partido el ánimo indiferente de otros, y cobrarán nuestros enemigos más audacia en calum- niarnos. Los tiempos,» añade, «son vidriados: la constitucion de varios en la corte es rara.»

Y luégo continúa: «Ya el temor santo de Dios no contiene los ánimos, ni los genios, ni la prava disposicion y lenguas de los que quieren ver sepultada nuestra Madre. Y por lo que toca á los externos, solo el monarca, estribando en las bulas de los Papas, en la de este presente Pontífice, en las cartas é informes de los más de nuestros Prelados de España y en otros verídicos y cristianos motivos que claman al cielo, podría enfrenarlos y contener tanta osadía, explicando su sentimiento y dándose por ofendido de que varios seglares y personas consagradas tiren á

¹ P. CECILIO GÓMEZ RODELES, S. J. *Vida del P. Pedro Calatayud*, Cap. XLII.

infamar á la Compañía de Jesús contra el breve del Papa, contra los informes de los Prelados, y contra el sentir de muchas almas pías y personas de autoridad, y contra la misma conducta de la Religión, y mandando su Real Majestad á sus corregidores é insinuando á sus Prelados se informasen y le informasen de los que la infaman.»

En vista de todo esto exhortaba el misionero á su Provincial que aprovechase la ocasion de los desposorios del príncipe para echarse á los pies del monarca, informarle, y suplicarle por sí, y por el señor Duque de Granada, su hermano, y por otros: «pues un breve decreto del Rey serviría mucho para contener á los malignantes, y para que otros mirasen mejor á nuestra Madre.» De todo lo cual se ve cómo los enemigos de la Compañía en España preparaban la opinion pública para el golpe que contra ella meditaban, y cuán ignorante de ello estaba el soberano.

Dolíale en el alma al P. Pignatelli ver á su madre la Compañía tan villanamente calumniada y difamada: y deseoso de volver por su honra hizo venir de Francia gran copia de libros, en que se defendía el buen nombre de su religion contra los ataques de los impíos; esparcialos con profusion y distribuálos gratuitamente entre todas las clases de la sociedad¹. «Ya que no le era dado,» escribe el P. Monzon², «impedir el fatal golpe de la ex-

¹ «En aquellos cinco años que corrieron desde la ruina de los jesuitas en Francia hasta nuestro destierro, pasaron los Pirineos, se tradujeron en español y se esparcieron por el reino á influjo del fiscal Campomanes y al abrigo de varios ministros de España muchos libelos y sátiras infames contra la Compañía: y para rebatirlas del mejor modo que fue posible, ayudó cuanto pudo en aquellas circunstancias el señor Gobernador del Consejo (D. Diego Rojas y Contreras, obispo de Cartagena); y con su noticia y aprobacion y protegidos por su Señoría Ilma., aunque no abiertamente y á cara descubierta, por no ser posible en aquellos tiempos calamitosos, se tradujeron del francés al castellano, se imprimieron y esparcieron por algunos jesuitas de las Provincias de Castilla y de Aragon, y acaso tambien de las otras, muchas y muy excelentes apologías escritas por algunos obispos y por algunos jesuitas de la Francia.» (P. LUENGO, *Diario*, Tomo 6.º, pág. 396).

² *Vida*, Lib. I, Cap. V:

pulsion, que temía, esforzábese en defender al menos y conservar en su patria el buen nombre y el honor que la Compañía, con tantos servicios prestados á la Iglesia y al Estado en todas las partes del mundo, tan justamente se había conquistado durante la serie no interrumpida de dos siglos.»

Encendido en este fervoroso celo, se aplicó con todo su teson á formar la tierna juventud que se le había confiado, y se entregó cuanto le fue posible al servicio del prójimo en largas y continuas consultas. No contento aún con esto, se dedicó á los ministerios espirituales, en los que empleaba los días que le dejaban libres las clases. En ellos todo su recreo y descanso era irse á la iglesia á oír confesiones durante muchas horas. Los domingos por la tarde salía del colegio con otros dos ó tres Padres llevando un crucifijo, y se dirigían á la calle del Mercado, ó bien á alguna encrucijada donde abundasen los ociosos, y se ponían á hablarles de Dios y de la salvacion del alma con tal fuerza de conviccion y con tal espíritu, que despertaban á muchos del letargo de su mala vida. Concluido el sermón, íbanse al hospital á confesar y consolar á los enfermos, sirviéndolos con grande humildad en los ministerios más repugnantes y viles. Otras veces penetraba Pignatelli en las cárceles para instruir á los desventurados, que allí expiaban sus crímenes, en los principios de la doctrina cristiana y prepararlos á la confesion.

Pero el ejercicio en que desplegaba todas las velas de su fervoroso celo era el asistir á los condenados á muerte. Desde que llegaba á su noticia que alguno de estos miserables estaba condenado al último suplicio, se constituía su padre y protector el más cariñoso. Interesábase por ellos, hablaba en su favor á los jueces, y hacía los mayores esfuerzos para que, cuanto lo permitiese la justicia, se les mitigara el rigor de la pena. Cuando no era posible salvarles la vida, todo su afán era prepararlos para una buena muerte: él los asistía en aquel terrible trance, acompañábalos al suplicio, y confortábalos hasta que espiraban. Esta obra de tan acendrada caridad le mereció el título de «Pa-

dre de los ahorcados,» con el cual se honraba él más que con los de su noble alcurnia.

No se limitaba su caridad con los que iban á ser ajusticiados á mirar por el bien espiritual de sus almas, sino que atendía también á dulcificar y mitigar los dolores del cuerpo. Á los reos de lesa Majestad conducíaseles al lugar del suplicio echados boca arriba sobre una tabla llevada á la rastra por un caballo desde la cárcel al patíbulo. Aunque la comitiva andaba muy despacio, era inevitable que el paciente recibiera muchos y muy dolorosos golpes, ya dando contra la tabla, ya tropezando con las piedras del camino.

La caridad del P. José Pignatelli ideó un oportuno remedio á este mal, y fue poner bajo la cabeza del reo un pañuelo, de cuyas puntas asían fuertemente él y el otro Padre, que en este triste ministerio le acompañaba, puestos uno á cada lado del infame vehículo. Con esta industria lograban que el infeliz estuviese algo incorporado; con lo cual, además de tener algún alivio en sus dolores corporales, iba también en mejor disposición para percibir las cristianas reflexiones y los piadosos afectos que durante el camino le sugería el Padre á fin de excitar su confianza en Dios y en su infinita misericordia. Así se lo oyó contar al P. Pignatelli el H. José Grassi¹.

Buena ocasión se ofreció al P. Pignatelli de ejercitar su celo apostólico y su caridad con los ajusticiados en una sedición popular que estalló en Zaragoza á primeros de Abril de 1766. Las causas que motivaron el alboroto en esta ciudad fueron las mismas que dieron ocasión al pueblo de Madrid para amotinarse contra el favorito del rey, el marqués de Esquilache, en el mes de Marzo del mismo año. Y para proceder con más orden y tratar este asunto con mayor claridad, empezaremos por la relación del motin de la corte, el cual pasó de la manera que voy á decir.

Á principios de 1766 la exasperación del pueblo de Madrid

¹ *Process. Rom.* fol. 136.

contra Esquilache había llegado á su colmo, cuando vino este á tomar una medida desacertada que se hizo insufrible á los españoles. En 10 de Marzo se publicó un bando que prohibía indistintamente á toda clase de personas, bajo la pena de multa ó de cárcel, llevar sombrero chambergo y capa larga, como era costumbre, y mandaba adoptar los sombreros de tres picos y las capas cortas de modo que no llegasen con una cuarta á los pies. La irritación que produjo esta medida fue sobre todo encarecimiento.

Aumentóla todavía el ver á los alcaldes de corte con sus alguaciles cortando capas y apuntando sombreros, exigiendo multas y haciendo prisiones. Exasperados algunos de la ínfima plebe, comenzaron á pasearse en grupos, embozados con capa larga y calado el sombrero gacho; y se dieron á arrancar de las esquinas el bando, poniendo en su lugar un cartel con terribles amenazas contra Esquilache.

Las autoridades, lejos de tomar medidas contra los alborotadores, dejaban que los ministros de justicia continuasen su violenta persecución contra capas y sombreros, cual si pretendieran atizar el fuego y promover desórdenes. El día 21 de Marzo, viernes de Dolores, tomó ya algo más serias proporciones el tumulto; pero ninguna medida eficaz se adoptó para apaciguar el pueblo.

Llegó á Madrid el monarca al día siguiente; y el 23, Domingo de Ramos, estalló el célebre motin, en que se pedía el destierro de Esquilache y de los ministros extranjeros; dándose por vez primera en España el espectáculo, desde entonces tantas veces repetido, de estarse la tropa de cuerpo presente contemplando los desórdenes como para autorizar y defender á las turbas amotinadas. Toda la noche del 23 al 24 estuvo la tropa sobre las armas, parte rodeando el Palacio Real, parte apostada en piquetes por las calles, sin poner casi ninguna resistencia al alboroto.

Todo amaneció tranquilo el día 24. Pero á las ocho de la mañana comenzaron de nuevo los gritos de *¡Viva el Rey! ¡Muera Esquilache!* Reunióse en Palacio el Consejo de Castilla: dirigióse

allá el mayor número de los amotinados: elevaron al rey sus peticiones, la primera de las cuales fue el destierro de Esquilache y de su familia. Salió el soberano al balcon, otorgó cuanto se le pedía, acabando la escena con calurosas aclamaciones; y en accion de gracias por tan feliz resultado fue el pueblo á la iglesia de Santo Tomás, de donde salió el Rosario con la imágen de Nuestra Señora, con estandartes y faroles, y llevando algunos en las manos las palmas que el día anterior se habían distribuído. Acompañaron á los alborotadores en este acto muchas personas pacíficas y gente curiosa, todos los cuales, vuelta la procesion al templo, se retiraron á sus casas silenciosamente.

Parecía, pues, todo concluído: y lo estuviera en efecto, si ningun elemento extraño se mezclara en este casual tumulto. Diose á entender al Rey, que el motin iba dirigido contra su real persona y familia, y que le era peligroso permanecer en Madrid. Tales cosas se le hicieron creer, que consternado el monarca, salió de Madrid aquella misma noche con todo sigilo, y retiróse á Aranjuez, acompañado de la real familia y del marqués de Esquilache: y tal susto se dio al rey, que fue necesario sangrarle dos veces: en la reina madre produjo esta precipitada salida tan fuerte alteracion en su delicada salud, que á los pocos meses le quitó la vida.

Al saberse en Madrid el día siguiente, 25, la huída del rey, reputando el pueblo su ausencia por un tratamiento de rebeldes y anuncio de su castigo, renovó el tumulto con más ardor que los días anteriores. Acudieron los amotinados al Gobernador del Consejo, el Ilmo. D. Diego de Rojas, obispo de Murcia y Cartagena, para que intercediese por el pueblo con el rey: hizolo así el obispo: y el miércoles, día 26, á las diez de la mañana, el Gobernador con todo el Consejo pudo asegurar al pueblo que Su Majestad haría cumplir todo cuanto había ofrecido, á condicion que se sosegasen. Con esto entraron en repentina tranquilidad, como si nada hubiera sucedido: y el día siguiente, jueves santo, el marqués de Esquilache con toda su familia salió camino de Cartagena, en donde se embarcó el 13 de Abril para Nápoles. Al

despedirse de sus amigos en aquel puerto, como quien sabía lo que en la corte se tramaba, díjoles el marqués: «Yo salgo ahora de España desterrado: bien pronto me seguirán los Padres de la Compañía¹.»

El ejemplo de los alborotadores de Madrid fue imitado en provincias, en donde abundaban, como en la capital, las causas de disgusto, mayormente el precio excesivo del pan y demás alimentos. En donde se presentó más imponente el alboroto, fue en Zaragoza. El día 4.º de Abril, martes después de Pascua, se vieron las primeras señales de sedicion en dicha ciudad, apareciendo unos pasquines en que se amenazaba al Intendente Corregidor, marqués de Avilés, con quemar su casa y las de los usureros, si no rebajaba el precio del pan en el término de ocho días. Á los primeros síntomas del motin el Capitan General y Presidente de la Audiencia, marqués de Castelar, reunió en su casa las autoridades; y en su virtud y por resultado de una larga sesion, se manifestó al Intendente que convendría dar algun alivio al pueblo. Continuaron apareciendo pasquines en los días siguientes; oyéronse mueras y amenazas, y la ciudad se encontró sumida en la confusion y el desórden. Allí fue donde desplegó las alas de su celo y caridad el P. José Pignatelli.

Entre los otros medios que aplicó el gobernador para apaciguar á los amotinados, uno fue «llamar al P. Rector del colegio, ó escribirle, rogándole que le enviase los cuatro Padres *del Mercado*, uno de los cuales era el P. Pignatelli².» Eran estos Padres los que solían salir á predicar en las plazas. Accediendo el P. Rector á la súplica de aquella autoridad, envió allá los Padres. El P. Pignatelli salió en compañía del P. José Doz³. Lánzanse á la calle, y se dirigen al sitio donde reinaba más viva agitación. Topan con un grupo de sediciosos; y como los exhortaran los Padres á que se retirasen á sus casas, les responden ellos

¹ P. NAVARRETE, *Vida del P. Idiáquez*, Cap. XII.

² *Process. Rom.* fol. 931.

³ *Ibid.* fol. 224.

con bruscos é irrespetuosos modales: «Mejor les fuera á ustedes que se volviesen á su colegio.» No desmayaron por esto: prosiguieron adelante: iban de uno á otro punto donde notaban que se cometían más desmanes y se daban gritos más sediciosos. Esto practicaron los nueve días que duró el alboroto: hasta que con las medidas adoptadas por las autoridades civiles y eclesiásticas recobró el pueblo su antigua calma. Del P. Pignatelli se sabe que «logró con sus buenas palabras impedir el incendio del palacio de un representante¹,» ó agente del gobierno.

D. Vicente de Lafuente llama á este motin «inesperado y de carácter socialista.» Su causa dice haber sido «el que la población estaba llena de mendigos y haraganes.» Fue sosegado «por los labradores y artesanos honrados....., que á palos y cuchilladas dieron contra los ladrones, al cabo de tres días de motin y saqueo.» Los resultados fueron «reconocer la necesidad de establecer un asilo para los verdaderos pobres, y donde se recogiera á los mendigos válidos, holgazanes y vagabundos, haciéndoles ganar su sustento.» Con este motivo «D. Ramon Pignatelli hizo construir la grandiosa Casa de la Misericordia: y terminado el edificio, que se decía destinado para fábricas, se recogieron en él, á la fuerza, en veinte y cuatro horas, centenares de mendigos, holgazanes y bribones².»

Los atizadores de aquel fuego y promotores del público desorden cayeron en manos de la justicia y fueron condenados á morir en la noche próxima. Uno de ellos, que era persona de calidad é hijo de una familia principal, al saber la triste nueva de su muerte, al momento mandó llamar al P. Pignatelli, esperando que por su influjo lograría reducir á compasion á los jueces y á que templasen el rigor de la sentencia. El buen Padre echó mano de todos los resortes de su elocuencia y todo el influjo con personas caracterizadas que le daban su autoridad de sacerdote y la nobleza de su casa; pero todo fue inútil. Inflexi-

¹ *Process. Rom.* fol. 224.

² *Hist. de las Universidades*, Tomo IV, pág. 138.

ble el magistrado en su dictámen, no admitió intercesiones de ningun género, y á todo trance quiso que se castigara el delito y fuesen condenados los delincuentes.

Viendo ya el Padre que por la salvacion del cuerpo nada podía hacerse, se dedicó á procurarle la del alma y la seguridad de mejor vida. Al verse desoído el reo y que no había salvacion para él, arrebatóse en tan desenfadada cólera, que no había medio de poderle calmar. Recurrió el Padre á la oracion, y enardecido en santo celo del bien eternal de aquella pobre alma, tales palabras le dijo, tanto esforzó sus razones, tan copiosas lágrimas derramó, que lograron rendir aquella furia, la amansaron, hiciéronle entrar en mejor acuerdo y le ganaron para Dios.

Ya había aceptado con resignacion la muerte, cuando le asalta un pensamiento, que le trastorna casi más que el mismo perder la vida. La idea de que su cadáver después de la ejecucion había de quedar públicamente expuesto á la vista de todos, como el de otros ajusticiados, con infamia y deshonor de toda su familia, renovó sus arranques de desesperacion y despecho. Acude el P. José á los jueces, y consigue la gracia de que se haga una excepcion á favor de aquella desgraciada familia; comunícaselo al reo, tranquilízase este, y recobra su calma y sus fuerzas. Camina por sus pies, con ánimo resuelto y cristiana valentía, al lugar del suplicio: sube al cadalso asistido del Padre, cuya mano estrecha fuertemente en señal de gratitud al echarle los verdugos el lazo al cuello, y muere con fundadas esperanzas de que aquella mano le había abierto las puertas de la gloria.

Escribe el P. Monzon¹, que «llegada á la corte la noticia de cuanto habían hecho los Padres de la Compañía, y cómo con gran riesgo suyo se habían ocupado en apaciguar los ánimos y restituir la calma á la ciudad, Su Majestad el rey D. Carlos III dio las gracias á dichos Padres, dirigiéndoles una carta, en la cual con lisonjeras expresiones les manifestaba su agradecimiento.»

¹ *Vida*, Lib. I, Cap. V.